

Ignacio de Loyola, espíritu moderno

Ismael Quiles

Algo que sorprenderá a muchos, pero que es una prueba más de cómo la rica personalidad de un santo y de un genio supera las fronteras de espacio y tiempo.

En un análisis fino y sagaz, el P. Quiles nos va mostrando aquí cómo están presentes en el espíritu y en la obra de San Ignacio de Loyola —muerto precisamente hace hoy cuatro siglos— los rasgos que creemos más característicos del espíritu contemporáneo.

La mentalidad del hombre de nuestro siglo se diferencia profundamente de la de aquella época, también agitada pero con perspectivas muy diversas, en que vivió y actuó San Ignacio de Loyola. Estas cuatro centurias, que nos separan del 1500, han desencadenado cambios radicales e inesperados en las estructuras del mundo occidental: el desarrollo de los países protestantes, la culminación de las monarquías absolutas, la ruptura espiritual con el pasado representada por la Revolución Francesa, la sustitución del espíritu eclesiástico en la vida pública por un laicismo con frecuencia anticlerical, el imponente crecimiento del maquinismo, la creación de un nuevo orden económico-social, el liberalismo al que sucedieron, después de resonante fracaso, los opuestos regímenes totalitarios y democráticos del siglo XX, los descubrimien-

tos científicos que están trastornando en progresión geométrica la vida material del hombre y su concepción del universo, la supresión de las distancias, que ha unificado estrechamente a todo el planeta, las guerras mundiales, etc., etc., han impreso al hombre del siglo XX una característica y un ritmo de vida imprevisible para el del siglo XVI.

Esta diversa mentalidad podría inducir, con fundamento, a mirar una obra, un libro y un hombre del siglo XVI como superados, pasados de moda e ineficaces para nuestros días. Las generaciones cambiamos rápidamente nuestro punto de vista y de interés, con tanta facilidad como se suceden las modas en el vestido.

Pero ¿no sucederá lo mismo con un libro tan arcaico como el de los *Ejercicios Espirituales*, o una legislación tan metó-

dica y sistemática para su tiempo como las *Constituciones* de los Jesuitas, o una figura tan típicamente de su época como la de Ignacio de Loyola? El caballero español de principios del siglo XVI obtuvo un representante típico en el castellano, cortesano y soldado que luego fundó la Compañía de Jesús. Y, por cierto, resulta para nosotros una figura interesante, pero de museo, la del idealista español del siglo de oro, época en que culminaba la edad de los caballeros medievales, que sin duda recogió Ignacio con todo el ardor de su alma juvenil, noble por la sangre y el carácter. No parece, pues, una estructura moderna la de la persona, ni la del libro de los *Ejercicios*, ni la de las *Constituciones* de un Orden fundada cuatro siglos atrás.

Sin embargo, la figura de Ignacio de Loyola sigue en nuestros días siendo el objeto de interesantes estudios, y, con su figura, va también envuelta su obra escrita y su fundación. Algo nos está diciendo que continúa vivo para nuestro siglo en este recio español del siglo XVI. Y es este aspecto el que deseamos analizar, porque, aun cuando el interés histórico como tal posee un valor y una lección innegable para la cultura y para la religión, sin embargo, nuestra atracción definitiva se vuelca hacia aquello que *hoy* nos habla: en una palabra, a lo que sigue siendo todavía actual, moderno.

Modernidad significa, ante todo, coincidencia con las características positivas o valiosas del hombre moderno. Sin duda que hemos progresado y adquirido nuevos valores, desconocidos para el mundo antiguo, los cuales representan un enriquecimiento del hombre. No todo lo "moderno" es malo, ni mucho menos. La vida del catolicismo, el arte, la cultura, la filosofía, la política, por no hablar del

progreso material, siguen siempre una ruta adelante en ciertos aspectos, progresan en un mayor conocimiento del dogma y de la vida cristiana, de los principios filosóficos, políticos, artísticos, etc.

Pero cada época tiene también sus defectos propios, que invariablemente acompañan a sus virtudes. Con frecuencia, para los amantes de la tradición, el mundo actual se caracteriza sólo por sus defectos, y, en ese sentido, abominan del "mundo moderno" y del "espíritu moderno", Predicadores, ascetas, políticos y soñadores miran con prevención cuanto signifique novedad o modernidad.

Para nosotros, la modernidad auténtica incluye dos aspectos, por los cuales un autor o una obra interesa y vale para el hombre moderno. Esos dos aspectos son, por una parte, la coincidencia con nuestras preocupaciones fundamentales y, por otra parte, el contrapeso para nuestras deficiencias características. Un espíritu con el cual sintonizamos, porque responde a nuestras inquietudes y nos ofrece principios orientadores para nuestra situación especial en el mundo de hoy, es el que nos atrae y el que nos interesa; y, como siempre andamos buscando una nueva orientación, seguimos aquella figura que parece prevenir nuestros mismos deseos, respondiendo, por así decir, anticipadamente, a nuestros problemas y a nuestras exigencias.

Eso es lo que, a nuestro parecer, se encuentra en San Ignacio de Loyola y en tal sentido, ciertamente, hablamos de su modernidad y lo consideramos "espíritu moderno". Tal vez alguien se escandalice de esta proyección avanzada sobre el espíritu de un hombre tan conservativo, tan cauteloso y tan amante de la disciplina como Ignacio de Loyola. Pero es

porque, con frecuencia, se mira sólo a la estructura externa del santo y del genio, la cual es paradójica. El genio, el genio verdadero, el genio que es completo, es decir, sin ser anormal; tiene, por una parte, el impulso de una gran revolución creadora, pero, por otra, la moderación, el estilo sencillo y ordenado del hombre aparentemente sometido a la normalidad humana.

El trabajo se prestaría a interesantes análisis. Nosotros vamos a limitarnos a insinuar algunos trazos del espíritu de Ignacio, para observar su coincidencia con las aspiraciones del hombre actual o, al menos, su virtualidad orientadora para la encrucijada de la humanidad en nuestro tiempo.

Es claro que ante todo debemos señalar las características fundamentales del hombre moderno, para observar si Ignacio coincide con ellas o ha quedado ya fuera de onda.

Tal vez las notas más agudas del espíritu moderno sean las siguientes: el subjetivismo o la exaltación de la *subjetividad* y de la *individualidad* humana; el amor a la *libertad* y a la independencia, que va adquiriendo, con el progreso del tiempo, una resonancia cada vez mayor en los individuos y en las colectividades; el espíritu *democrático*, consiguiente con ese amor a la libertad, pero vinculado a una crisis del liberalismo; en consecuencia, la democracia se manifiesta, en todos sus aspectos, con un profundo *sentido social*: desde las grandes dictaduras hasta las democracias puras, todos apelan al "sentido social" de la humanidad, como no se había hecho hasta el presente. Un valor en crisis, en el mundo moderno, es el de la burguesía: el hombre actual habla contra todo lo que signifique burguesía: es antiburgués, por lo menos teóricamen-

te, aunque el egoísmo de muchos busque para sí la vida propia del burgués; agreguemos la complejidad que la vida moderna trae al hombre en virtud de los adelantos científicos: se ha hecho necesaria una mayor *organización*, nacional e internacional, en cuya consecuencia el hombre se halla dentro de un *directivismo* y de un *control estatal* cada vez más estrecho y más totalitario; finalmente, y debido a este progreso técnico, el hombre moderno debe cambiar con frecuencia de panorama político, social, económico y se halla sujeto a cambios y evoluciones rápidas que eran desconocidas en la antigüedad: es evidente que el mundo moderno, en que los problemas de todos los continentes se afectan entre sí, da saltos mortales en pocos años, que antes requerían siglos: de aquí que el hombre moderno es el hombre de la velocidad, de la agilidad y del cambio. Y todo ello afecta a nuestra concepción de la santidad, de la vida religiosa, de la política, del deporte, del arte, de la familia, etc., etc. En realidad, casi todas estas características parecen antitéticas del espíritu de Ignacio de Loyola; pero, lejos de ello, vamos a encontrar muchas de ellas como la sustancia misma, a manera de substratum y base de la personalidad de Ignacio, como hombre, como fundador y como santo.

1) *Subjetividad*

Con frecuencia se ha señalado esta característica del hombre moderno: "subjetividad" significa un recogimiento del hombre sobre lo subjetivo, sobre el individuo, por oposición a la universalidad. Bien marcado se halla este acento en la última corriente filosófica, el existencialismo. Puede decirse que ésta es su pri-

mera característica: el valor supremo es el sujeto; el individuo es lo que hay que tener en consideración y a él hay que salvar. En el arte y en la política encontraremos tendencias parecidas. ¿No vemos acaso que aún los defensores de los valores sociales ponen siempre su acento en la defensa del sujeto, es decir, en la defensa de los "derechos de la persona humana?" La necesidad de que el hombre, el individuo, vele ante todo por sí mismo, impone al sujeto la urgencia de rehacer su vida por sí mismo, de vivir su vida propia sin esperar que desde afuera se la construyan: subjetividad es también, en ese sentido, personalidad y autenticidad.

Sin duda que la excepción y los abusos de esta subjetividad ha llevado al irracionalismo, a la anarquía de principios y al desorden, en religión, en filosofía, en arte y en política. Pero contiene en sí un principio valioso; en todo caso el que hable de subjetividad será escuchado en el mundo moderno. Y, por cierto, no dudamos en afirmar que Ignacio de Loyola es, en cuanto éste es un valor fundamental para el hombre, *el gran maestro de la subjetividad*.

Confesamos que este aspecto nos ha llamado la atención profundamente en el libro de los Ejercicios, y en los principios de dirección espiritual y de gobierno de Ignacio de Loyola. Después de haber escuchado a los maestros del existencialismo, que con frecuencia nos hablan de la subjetividad con una visión parcial y desordenada de lo que ella representa en el hombre, queda uno sorprendido al tomar el libro de los *Ejercicios* y comprobar que un hombre sin formación filosófica y literaria, con sólo el genio natural, su gran poder de observación introspectiva y la inspiración divina, llega a poner como primer fundamento de toda san-

tividad y de toda decisión humana la instalación del hombre en su propia subjetividad. El recogerse el hombre en sí mismo, que siempre había sido principio cristiano, tiene en Ignacio la categoría de método esencial de la santidad, y no sólo de la santidad personal, sino también de toda la actividad exterior.

La condición esencial para hacer bien los Ejercicios nos la pone Ignacio en la Anotación 20, que por cierto es la última y, por así decir, la culminante y una de las más largas de sus advertencias para hacer bien los Ejercicios. En ella precisamente lo que pide es la concentración del hombre sobre sí mismo, el retiro hasta el máximo de la exterioridad, y el recogimiento hasta el máximo posible hacia la interioridad, es decir, hablando en términos modernos, hacia la subjetividad; y esto no sólo con el espíritu, sino también con el cuerpo, retirándose a una celda "cuanto más secretamente pudiere". En el grado en que esta subjetividad se realice promete Ignacio el fruto de los *Ejercicios*: "tanto más se aprovechará, cuanto más se apartare de todos amigos y conocidos y de toda solitud terrena".

Y con un análisis muy preciso nos señala de inmediato el fruto de esta interiorización, cuando no es enfermiza o desorbitada: en este sereno recogerse el hombre, primero se encuentra uno a sí mismo y obra él auténticamente, es decir, "usa de sus potencias naturales más libremente, para buscar con diligencia lo que tanto desea"; y no sólo se encuentra el hombre a sí mismo en esta soledad, sino que, superando ya el puro subjetivismo, o más bien demostrando que la auténtica subjetividad no puede ser un subjetivismo solipsista y asfixiante, nos dirá que en esa soledad el hombre encuentra también a Dios: "cuanto más nuestra ánima

...traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y cuanto me ha dado de lo que tiene, y consiguientemente el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina. Y con esto *reflectir en mí mismo*, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas..." — (Ejercicios Espirituales, Contemplación para alcanzar amor).

se halla sola y apartada, se hace más apta para se acercar y llegar a su Criador y Señor".

Hemos considerado sólo el aspecto filosófico o racional de esta dirección hacia la subjetividad: pero el cristiano, que tiene conciencia de obrar bajo la gracia de Dios, sabe también, y lo nota San Ignacio, que por el hecho mismo de esforzarse para recogerse en sí mismo ya merece "delante su divina Majestad"; asimismo, cuanto más el alma se halla sola "más se allega a su Criador y Señor, y cuanto más así se allega más se dispone para recibir gracias y dones de la su Divina y suma bondad".

Notemos los dos ejes que constituyen el método ignaciano: subjetividad y autenticidad; recogimiento sobre sí mismo, pero para ser más uno mismo, para usar más libremente de sus facultades, y no aturdido e impulsado mecánicamente por lo exterior o por lo irracional.

Y si recorremos los *Ejercicios* o las *Constituciones* tropezaremos a cada paso, como un *leit motiv*, con este acento ignaciano sobre la subjetividad y la autenticidad. En los *Ejercicios*, por ejemplo,

insistirá en que es el ejercitante el que por sí mismo debe ir haciendo las consideraciones, buscando y aplicando la doctrina. Y el problema de los EE. es el de colocarse el hombre en su puesto, y, por así decirlo, en primera persona, pues es la decisión libre del sujeto la que se busca, aplicada a mi caso individual. Desde el *Principio y Fundamento* éste es el ambiente, que se acentúa a medida que nos acercamos a las elecciones con un mayor personalismo. Recordemos tan sólo las fórmulas gráficas del Segundo Ejercicio de la Primera Semana, en las cuales el "yo" se halla solo frente a Dios: "lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo". Y terminarán los Ejercicios en la "Contemplación para alcanzar amor", redactada toda ella en primera persona. Podríamos decir que la primera condición de Ignacio en los *Ejercicios* y su presupuesto en todo el recorrido de la santidad y en toda la compleja actividad apostólica que prescribe a los jesuitas, es el encuentro consigo mismo, como condición esencial para ordenar su vida y aun su misma obediencia.

2) La libertad

Otra característica del hombre moderno es el acento sobre la libertad humana. Desde el Renacimiento venimos escuchando esta palabra, y se acentúa con la reforma protestante, se exaspera con la revolución francesa, se hace un culto de ella en el siglo XIX, y continuamos en el XX con ella como con la primera cláusula de defensa de la dignidad del hombre. Nunca, como hasta ahora, se había insistido tanto en la libertad: las modernas filosofías nos dirán que la esencia del hombre es la libertad misma;

la política invoca siempre el culto de la libertad como bandera de atracción de todas las ideologías, etc., etc. Tal vez frente a este clamor libertario no parezca San Ignacio sintonizar con el hombre moderno: orden, disciplina, "obediencia ciega", he aquí la respuesta ignaciana.

Sin embargo, ésta es solamente una visión parcial, por no decir superficial, del espíritu ignaciano: se mira hacia una última consecuencia en sus fórmulas materiales, sin atender a los fundamentos de esa exigencia de orden, obediencia y disciplina. Y por una paradoja frecuente en los genios, encontraremos que el fundamento de esa máxima disciplina y obediencia que exige Ignacio, en el fiel cristiano y sobre todo en el jesuita, y que sin duda ninguna era consubstancial con el espíritu militar y caballeresco de Ignacio, es precisamente la libertad, la dignidad en la acción humana, que sólo es tal cuando se realiza en plena libertad. Y nos maravillaremos, tal vez, descubriendo el respeto extraordinario de Ignacio por la libertad humana: ese sagrario de los derechos del hombre, que modernamente tan intangible se quiere conservar.

Porque, en primer lugar, quien pone como fundamento del orden humano la sujetividad y la autenticidad, está pro-

clamando que el origen de nuestra decisión y elección ha de ser la libertad. Precisamente, sujetividad es máxima libertad, opuesta a la presión externa y artificial o violenta.

Pero, además, nos dirá el mismo Ignacio que justamente esta vuelta del hombre hacia el interior de sí mismo tiene como objetivo primario usar "de sus potencias naturales más libremente" (Anot. 20), y, por supuesto, la elección en los Ejercicios se prepara quitando todos los "impedimentos", es decir, las ataduras que coarten nuestra libre elección o que la desvíen desordenadamente: "y con hallarme indiferente sin afección alguna desordenada... como en medio de un peso...".

Pero todavía encontraremos otros aspectos sugestivos del respeto de Ignacio hacia la libertad individual. Al director de los *Ejercicios* le inculca el mayor respeto hacia el dirigido, de manera que no le fuerce, induciéndole a un lado o a otro, sino que lo deje en su libre y espontánea decisión ante Dios: "deje obrar al Creador con su creatura, y a la creatura con su Creador" (Anot. 15). En una palabra, lo que pretende Ignacio es una decisión plena y auténticamente libre del camino que el hombre debe seguir hacia Dios.

Es claro que una vez la decisión ha recaído, la libertad consiste en mantenerla con todas sus consecuencias, es decir, en aceptar el *compromiso*, cuyo cumplimiento fiel ya no será coartar la libertad, sino ejercicio de la libertad. En tal caso, lo que San Ignacio llama "perfección de la obediencia" y el "bastón de hombre viejo", o el "cuerpo muerto, que se deja llevar donde quiera y tratar como quiera" (Constituciones, P. VI. cap. 1, n. 1; Regla 36 del Sumario), fórmulas que a

"En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor, y salvación de mi ánima; y así cualquier cosa que yo eligiere, debe ser a que me ayude para el fin para que soy criado, no ordenando ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin.... — (Ejercicios Espirituales, Preámbulo para hacer elección).

"Así que, Hermanos carísimos, procurad de hacer entera la resignación de vuestras voluntades; ofreced liberalmente la libertad, que él os dió, a Vuestro Criador y Señor en sus ministros. Y no os parezca ser poco fruto de vuestro libre albedrío que le podáis enteramente restituir en la obediencia al que os le dió: en lo cual no le perdeis, ante le perfeccionais, conformando del todo vuestras voluntades con la regla certísima de toda rectitud, que es la divina voluntad, cuyo intérprete os es el Superior que en su lugar os gobierna." — (San Ignacio de Loyola, *Carta de la Obediencia*).

tantos han escandalizado, tienen precisamente el valor y el sentido de un acto de libertad conscientemente elegida.

Pero hay más todavía: en esta "obediencia ciega" tendrá cuidado Ignacio de puntualizar primero sus verdaderos motivos, tanto en el orden racional como en orden sobrenatural, para que el que obedece lo haga desde adentro, desde su subjetividad, en un acto de verdadera libertad. Pero no sólo señalará Ignacio los verdaderos motivos de la obediencia ciega, sino que teniendo a la vista los derechos de la razón y de la libertad, señalará también los límites de esa ciega obediencia, poniendo siempre a salvo la dignidad humana y cristiana: esos límites se hallan explícitamente formulados por Ignacio al observar que la obediencia de juicio no tiene lugar cuando la evidencia de lo contrario es manifiesta (*Carta de la Obediencia*), y que toda obediencia, de juicio y de ejecución pierde su valor cuando lo mandado es contra la ley na-

tural o divina, es decir, que obliga sólo en las "cosas donde no se viese pecado" (*Constituciones*, Parte III, c. I, n. 23). Remitimos, para mayor aclaración, a los fundamentos naturales y sobrenaturales que Ignacio establece de la obediencia en su célebre *Carta* sobre esta virtud.

3) La democracia

Otra característica del espíritu moderno es la *democracia*. No sin temor pronunciamos este nombre hablando de San Ignacio de Loyola. Pero, puesto que debemos comparar su espíritu con el del hombre moderno, se impone también un cotejo con esta modalidad de nuestro siglo. Porque ciertamente el hombre de nuestros días, sobre todo de nuestras últimas décadas, se llama y se vocea "democrático", y para todo se ha de invocar la democracia, desde el pequeño círculo que forman unos amigos, donde todo ha de realizarse con espíritu democrático, hasta los grandes organismos internacionales, en los que el principio supremo es la democracia. Por cierto que con esto pasa como con otras tantas banderas, que cada cual la interpreta a su manera, y llegamos a perder el verdadero concepto de lo que se esconde, en realidad, bajo ese nombre gastado: "democrática" es la sociedad del siglo XX, desde el gobierno republicano hasta el monárquico o imperial (piénsese en Inglaterra), o desde los países democráticos de Occidente hasta los más totalitarios, como los comunistas, quienes tranquilamente denominan a sus propios regímenes "democracias populares", con una redundancia irónica y chocante, pues no comprendemos qué clase de "democracia" sería la que no fuera "popular".

Pero, tomando en su sentido más ori-

ginal la palabra "democracia", ésta incluye dos conceptos sanos y válidos: "democracia" significa gobierno del pueblo, es decir, gobierno de los gobernados, con lo que se quiere significar que el poder se ejerce con una misión y con un control del pueblo mismo. Pero, además, el término "democracia" incluye también un presupuesto válido de sumo interés, y es la igualdad de todos los componentes de una sociedad en lo que podríamos llamar su dignidad y su responsabilidad originaria: si todos los hombres son igualmente hijos de Dios, todos tienen originariamente la misma responsabilidad frente a Dios y en la sociedad; lo mismo digamos de todos los miembros de una nación, como argentinos o uruguayos; y lo mismo de un gremio, como de ferroviarios o textiles. Este principio de "igualdad originaria" es el único que en verdad respeta la dignidad de la persona humana, de cada uno de los individuos y por el cual ningún hombre, ningún ciudadano, ningún miembro de un gremio se puede sentir "paria" dentro de su círculo social. He aquí el origen del principio democrático: de esta igualdad de dignidad y de responsabilidad, se deduce la igualdad de derecho en la influencia y en el control del gobierno. "A priori" ningún hombre tiene más derecho que otro a gobernar.

Salvando estos conceptos esenciales de democracia, y reconociendo los abusos que se cometen al quererla aplicar con un rigorismo numérico "artificialmente preparado" en muchas sociedades modernas, podemos ahora examinar qué es lo que se encuentra al respecto en la personalidad de Ignacio.

Sin duda que las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, y el espíritu de San Ignacio se presentan como una organización jerárquica y disciplinada que está

muy lejos de la indisciplina a que suena en estos días, para muchos, el término "democracia". Más aún, el gobierno en la Compañía de Jesús es monárquico, personalista, pues todo él está dirigido por un solo hombre, sin más consejo que el consultivo; a su vez, las Provincias y las Casas de la Compañía de Jesús tienen el mismo tipo de gobierno personal. En este sentido, nos hallamos ante un gobierno que nada tiene de "populista": es limpiamente monárquico. Tal es el régimen elegido por Ignacio para su Orden (*Constituciones*, Parte IX) y el principio aflora siempre que hay oportunidad, como en la *Carta de la Obediencia*, según la cual todo gobierno debe reducirse a "un supremo movimiento".

Todavía este espíritu monárquico es reforzado en Ignacio por un principio aristocrático: es partidario decidido de reservar a "los mejores" en la sociedad la mayor influencia en su gobierno, y por ello en la Compañía solamente los profesos —que deben ser excelentes en virtud y ciencia— pueden ejercer ciertos cargos y entrar en las votaciones de las congregaciones (congresos) provinciales y generales. Puede, pues, con verdad decirse que el espíritu de San Ignacio es "aristocrático", y dentro de la aristocracia "monárquico". Y la experiencia de cuatro siglos ha confirmado la acertada elección del gobierno dado a la Compañía de Jesús.

Sin embargo, se equivocaría de todo en todo quien proyectase sobre Ignacio un espíritu "absolutista", que es lo opuesto a los verdaderos valores de la democracia. Sólo Dios es lo absoluto, y por eso, en lo humano, no puede haber ninguna autoridad absoluta. Y precisamente en nuestro caso, así como al hablar de la libertad existía un gran equívoco por

considerar solamente la obediencia ciega de Ignacio, olvidando su verdadero fundamento, que era un ejercicio de la libertad bien razonada, de la misma manera esta estructura jerárquica y monárquica de Ignacio tiene, como base, un fundamento genuinamente democrático, en el mejor y más propio sentido de la palabra, que declaramos más arriba.

Porque, para Ignacio de Loyola, la autoridad monárquica del General de la Compañía se halla por debajo de la autoridad de la Congregación General que lo elige. Esta tiene la representación de todos los profesos de la Orden, y actúa con plena libertad en cuanto a la expresión de palabra y al voto, absolutamente secreto, de manera que nadie pueda sufrir coacción alguna en la decisión que adopta. Y esa Congregación General es a su vez producto de otras Congregaciones locales, las cuales eligen a sus representantes en la misma forma estrictamente libre, y envían a la Congregación General aquellas indicaciones y postulados que han sido aprobados por la mayoría de sus integrantes.

Y aun en el gobierno ordinario de la Compañía existe una influencia de todos los jesuitas, no en forma directa, naturalmente, pues esto constituiría un desorden, sino en forma indirecta, en cuanto un buen número de particulares deben representar habitualmente la manera con que se procede en la actividad externa e interna de la Compañía a las autoridades respectivas y aun a la autoridad suprema, y todos los jesuitas tienen siempre abierta la puerta para exponer ante los Superiores sus iniciativas y sus observaciones, con el respeto conveniente, pero también con la libertad que las mismas Constituciones y Reglas les atribuyen.

Si atendemos a esta estructura, que

"De parte del Preósito General lo que ayudará para esta unión de los ánimos son las cualidades de su persona, con las cuales él hará su oficio, que es de ser cabeza para con todos los miembros de la Compañía, de quien a todos ellos descienda el influjo que se requiere para el fin que ella pretende. Y así que salga del General como de cabeza, toda la eutoridad de los Provinciales, y de los Provinciales la de los locales, y de estos locales la de los particulares. Y así de la misma cabeza salgan las misiones, o a lo menos con su comisión y aprobación. Y lo mismo se entienda del comunicar de las gracias de la Compañía, porque más dependiendo los inferiores de los superiores, se conservará mejor el amor y obediencia y unión entre ellos." — (Constituciones de la Compañía de Jesús, Parte VIII, cap. 1, n. 6).

San Ignacio parece haber aprendido de la Iglesia misma, veremos que lo que él ha hecho es poner un fundamento democrático para un gobierno de pocos y aun de uno solo, pero con responsabilidad ante la sociedad gobernada. En una palabra, el gobierno ha sido asegurado en la Compañía de Jesús para los mejores, y en este sentido nos hallamos ante un gobierno aristocrático, es decir, de los más capaces; pero tal gobierno es decidido y controlado por la sociedad misma, lo que implica su fundamentación sobre el espíritu democrático. Nos hallamos en la Compañía de Jesús, y en toda la actuación tan disciplinada de Ignacio de Loyola, ante un gobierno aristocrático, es decir, de los mejores, responsable, firme y seguro; pero sobre un fundamento democrático, en el que la universal Compañía como cuerpo se halla representada y responsabilizada.

¿Será necesario todavía recordar que los Superiores en la Compañía de Jesús

no tienen ningún distintivo o privilegio en su trato externo, fuera de la precedencia, y que cuando dejan su cargo vuelven a ser simples súbditos, sujetos como todos los demás a la vida y obligaciones y obediencia común?

Creemos, en todo caso, que el hombre moderno puede aprender en el espíritu de Ignacio cuáles son los verdaderos valores de la democracia, y cómo han de contribuir éstos a la formación de un gobierno que, por un lado, respete la dignidad de los ciudadanos, pero, por otro, tenga la autoridad que le corresponde y no degenera en anarquía e irrisión.

La lección que nos da Ignacio en su concepción de lo que debe ser una sociedad humana en cuanto a su gobierno y organización, es sumamente interesante, y de hecho la van siguiendo los modernos estados que no quieren degenerar en anarquía. Es necesario reconocer que un gobierno democrático en cuanto gobierno de todos por igual es imposible e inexistente: sólo da origen a situaciones caóticas. De hecho los que han gobernado, gobiernan y gobernarán al mundo son siempre las aristocracias; no precisamente la aristocracia de la sangre, sino la aristocracia de la capacidad, de la aptitud, de la habilidad, con o sin conciencia. En un sindicato, se apoderan de la dirección los más hábiles, por su capacidad o por sus intrigas. Lo mismo en una sociedad. Aun en los países más "populares", donde se dice que la clase obrera toma las riendas del gobierno, son unos cuantos privilegiados los que de hecho gobiernan y dirigen, es decir, una aristocracia. Ignacio de Loyola ha tenido conciencia de que un gobierno numéricamente democrático es imposible, pero, por otra parte, de que todo gobernante humano, por bueno que sea, necesita de

cierto control del pueblo mismo. Por eso ha llegado a una unión equilibrada de los dos momentos, de los dos polos de todo gobierno, es decir, democracia y aristocracia: democracia en cuanto influencia y control de todos; aristocracia en cuanto responsabilidad y unificación del poder ejecutivo en los más capaces. Lo que sería necesario, por cierto, es una mayor educación del hombre moderno en el verdadero espíritu democrático, que incluye una serie de virtudes, de sinceridad, de honestidad y de sacrificio que suelen estar ausentes en la mayoría de los que se llaman a sí mismos dirigentes y apóstoles de la democracia, y esas virtudes son las que ante todo exige Ignacio en los Superiores. Véase, por ejemplo, la descripción cuidadosa que hace de ellas en las *Constituciones* (Parte IX).

4) *El sentido social*

Otro rasgo propio del hombre moderno es el reencuentro del "sentido social". Por reacción contra el liberalismo y contra el individualismo, el siglo XX va resultando el siglo más social de nuestra historia. Nunca, como hasta ahora, se había hablado tanto de "acción social" y "justicia social", términos desconocidos hasta nuestros días. Nunca, como hasta ahora, se había tratado, así en la vida ascética como en los estudios teológicos, del aspecto social de la vida de la gracia con mayor interés. La doctrina del Cuerpo Místico de Cristo ha revivido y reactualizado nuestra ascética, nuestra mística y nuestra dogmática. En filosofía la "intersujektividad", la dialéctica entre el "yo" y el "tú" y el "nosotros", la esencial constitución del yo mismo por su relación al prójimo, son motivos universalmente sintonizados con las más diversas escuelas filosóficas.

No nos ha resultado, por cierto, difícil buscar la onda de conexión de Ignacio de Loyola con el profundo sentido social del hombre moderno. Más bien debemos tratar de seleccionar los datos, que de buscarlos.

Ante todo, San Ignacio, que ha centrado al cristiano y al hombre en su propia subjetividad, le muestra cómo en esa vida interior encuentra luego a Dios, que da el sentido supremo de su vida, de su subjetividad. Pero una búsqueda más profunda del sentido total de la propia subjetividad le hace avanzar hasta encontrar al prójimo, y de qué manera, es decir, inserto en una sociedad que va a dar sentido a la propia visión individual y al propio fin último de la mayor gloria de Dios. El hombre es creado para alabar a Dios, pero esta alabanza debe hacerla en un ambiente universal, católico. Esto aparece de inmediato en la línea que re-

corre la estructuración de la santidad ignaciana en los *Ejercicios*. Del "Principio y Fundamento" y de la Primera Semana, en que el yo se halla, por así decirlo, situado él solo ante Dios, se pasa a la contemplación del Reino. Aquí se abren de par en par las puertas del interior del hombre hacia una nueva vida, por la que se sumerge entre los prójimos: mi perfección individual está en la mayor gloria de Dios; pero la mayor gloria de Dios consiste en seguir a Cristo; y seguir a Cristo es servirlo en su "Reino". Aquí aparece la vocación social del cristiano, en primer lugar como apóstol. Aquel hombre que se hallaba como aislado en una cárcel ("viendo mi alma ser encarcerada"), ahora se encuentra situado en pleno mundo: ve a Jesucristo que recorre "sinagogas, villas y castillos" y que muestra a los suyos "todo el universo mundo". La grandiosidad del espíritu ignaciano, que se entrega a Dios, escucha ahora esta palabra de Dios, de Cristo: entrégate a "todo el universo mundo", para hacerle cumplir su fin último y su perfección, la mayor gloria de Dios.

Y de la contemplación del Reino pasemos a la de la Encarnación, y se nos mostrará otro gran panorama social para el apóstol: "miran toda la redondez del mundo lleno de hombres" las tres Personas divinas, y ese espectáculo es el que presenta Ignacio al ejercitante para moverlo a conseguir el fin último universal: "salvar al género humano".

Y tan impresionante o más es todavía esa otra meditación culminante de los *Ejercicios*, la de Dos Banderas. Siempre es el seguimiento que "yo" debo procurar de Cristo; pero ese "mi" seguimiento, con todo lo que él significa de "mi" abnegación y "mi" perfección individual, debe cumplirse bajo la bandera de Cris-

"Una vez iba por su devoción a una iglesia que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo, y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual era hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se pueden declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola." — (Autobiografía, n. 30).

cología y de la santidad ignaciana que acabamos de señalar. San Ignacio de Loyola es lo que podríamos llamar, en el más excelente sentido de la palabra, un "hombre de Iglesia". Iglesia es reunión, es congregación, es sociedad. Ignacio no concibe la santificación propia y personal sino dentro de la sociedad que Cristo ha fundado, como no es posible tampoco una evolución natural del hombre sino dentro de la sociedad natural. El acento con que Ignacio se inserta en la Iglesia tiene, por cierto, una gran tradición, que sería fácil señalar en toda la historia eclesiástica. Desde el apóstol San Pablo hasta Santa Catalina de Sena o San Bernardino de Sena, los espíritus más elevados del cristianismo han señalado a la Iglesia como la única organización fundada por Cristo en la que el creyente debe insertarse para comprobar la autenticidad de su cristianismo. Ignacio ha comprendido esto muy bien, y dando a este aspecto de la vida cristiana un relieve mucho mayor del que hasta su época había tenido, va a insistir en la necesidad de amoldarse al espíritu y a la ley de la Iglesia y señalar como piedra de toque de la ortodoxia cristiana la coincidencia con la "Santa Madre Iglesia jerárquica". Este aspecto es una expresión concreta y profunda del espíritu social ignaciano. Aquel maestro de la vida espiritual, que nos hace partir de nuestra más profunda individualidad y subjetividad, nos mostrará, por el análisis de nuestras tendencias internas y sobre todo por el espíritu de la fe en Cristo, que es imposible la perfección del hombre y del cristiano si no es dentro de la sociedad y, en la actual disposición divina, dentro de la Iglesia jerárquica.

Por esta actitud eclesiástico-social, San Ignacio marca un rumbo más seguro a

Reglas para sentir con la Iglesia.

"La primera: depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia jerárquica." — (*Ejercicios Espirituales*, n. 353).

la espiritualidad cristiana de lo que había predominado en la Iglesia con anterioridad a él, especialmente en los tiempos más inmediatos. La "devoción nueva" (*devotio moderna*) de que habían sido exponentes un Dionisio Cartujano y un Tomás de Kempis, la cual consistía ante todo en la perfección individual con un debilitamiento del aspecto social del cristianismo, se halla en Ignacio decididamente superada. Una nueva visión de lo social, es la que le guía. Con ello se enfrenta el fundador de la Compañía de Jesús y el autor de los *Ejercicios Espirituales* con dos grandes peligros, que han acechado siempre a la Iglesia Católica, precisamente por constituir tendencias "antisociales": el *monaquismo* y el *gnosticismo*; el monaquismo tiende a ser individualista, y el gnosticismo tiende a una espiritualidad independiente de toda sociedad visible. El protestantismo cayó en esta tendencia al definir la sociedad eclesiástica por la justicia invisible de los elegidos, y al independizar, lógicamente, a los miembros de la Iglesia de toda autoridad. Con ello la sociedad cristiana quedaba destruída, y la Iglesia atomizada. El sentido profundamente cristiano de Ignacio le hizo descubrir la esencia social de la Iglesia, y por eso insistió, ante el individualismo protestante, en la necesidad de "sentir con la Iglesia". (Cfr. Hugo Rahner, S. I., *Saint Ignace*

de *Loyola et la Genèse des Exercices*, p. 76 y sigs.)

Los problemas sociales del mundo de hoy hubieran repercutido en el alma de Ignacio con la misma naturalidad que en el más acentuado espíritu moderno.

5) *Espíritu antiburgués*

El mundo actual se distingue también por una marcada reacción contra la burguesía. Es antiburgués todo el que quiere ganarse las simpatías de las autoridades y de las masas: "burguesía" significa individualismo, comodidad, egoísmo, insensibilidad, apatía... En realidad, nada más opuesto a esa actitud burguesa, en cuanto tiene de condenable, que el noble caballero Ignacio de Loyola. Su lema es "más" y "siempre más": "La mayor gloria de Dios", que se leerá casi en cada página de las *Constituciones*; la generosidad máxima con Dios, que se pide al ejercitante en la quinta *Anotación*. En la meditación del Reino es ya clásica la oblación que demuestra la absoluta generosidad reclamada por San Ignacio para sí y para todos los suyos. Bastará que remitamos los lectores al texto clásico ignaciano: "... los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey Eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, mas aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano ofrecerán oblaciones de mayor estima y mayor momento". Los superlativos abundan. Por lo mismo, bástenos señalar este aspecto coincidente de Ignacio con la más sana parte de las modernas generaciones, que aspiran a la realización de grandes ideales y que miran con antipatía a todo cuanto significa espíritu burgués y mediocridad.

6) *Espíritu de progreso*

Pasemos a un último punto que no sabemos decir si es más ignaciano que moderno, o más moderno que ignaciano. Nos referimos al *espíritu de progreso*. Ignacio de Loyola es el hombre de principios sólidos y firmes, pero al mismo tiempo de una capacidad de adaptación a las circunstancias cambiantes como pocas veces habrá existido. Esto mismo le ha valido la nota de maquiavelismo, y se ha hecho sinónimo de "jesuitismo", en mal sentido, el axioma de que "el fin justifica los medios". Sin embargo, nada más contrario al verdadero espíritu de San Ignacio y a su concepto de lo que es la adaptabilidad a las circunstancias y la necesidad de una continua superación y progreso.

El acierto genial de Ignacio fué el saber distinguir perfectamente entre lo que es *esencial* y lo que es *accidental* para la vida cristiana y para la vida humana, para la perfección y santidad individual y apostólica. Y en lo que se refiere a los *principios generales e inmutables*, que deben ser siempre respetados hasta la muerte, Ignacio es más exigente que otro alguno. Quiere que los suyos estén ante todo fundados en las "verdaderas virtudes y sólidas" (*Sumario de las Constituciones*, Regla 16). Pero una vez que este aspecto esencial se ha salvado, las otras particularidades cambiantes, accidentales, temporales y circunstanciales no deben ser en nosotros una rémora, sino que debemos seguir las o rechazarlas, adoptarlas o combatir las, según que en concreto conduzcan o no al fin supremo. Aquí se funda el "espíritu de progreso" de Ignacio de Loyola, en una armoniosa unión que salva los principios y los fines esenciales y que está dispuesta a sacrificar lo que de suyo es

indiferente para el logro de la santidad, de la perfección y de la salvación del género humano. Gracias a este "espíritu de progreso", la misma Orden de la Compañía de Jesús puede adaptarse a las exigencias del mundo moderno sin renunciar a ninguno de los principios esenciales de su estructura como Orden religiosa.

Gracias al "espíritu de progreso" y de adaptación a las necesidades y mentalidad de cada época, San Ignacio fué un avanzado innovador en su tiempo, señalando como elementos accidentales de la vida religiosa muchos de los que hasta entonces se consideraban inseparables, por ejemplo: el hábito, el coro, los votos perpetuos, la preponderancia de la contemplación, las penitencias de regla, la fijación en un monasterio o convento, etc.

Este extraordinario "espíritu de progreso" de San Ignacio de Loyola, por el cual quiso que la misma Compañía de Jesús fuese como un escuadrón ligero, que se movilizaba con agilidad hacia donde la mayor gloria de Dios y el bien de los prójimos la solicitase en cada región y época, es fruto, precisamente, de su visión clara y ordenada del hombre y de su posición en el universo; hablando en términos cristianos, diremos que es fruto de su clara intuición del hombre en el actual plan divino de la Redención del género humano por Cristo.

Esa visión se obtiene cuando el hombre, en su recogimiento máximo sobre sí, logra conciencia de su fin último (*Principio y Fundamento*) y de la necesidad de ordenar toda su vida a lo más esencial para él, su perfección y su destino supremo, y de ella surge lógicamente el impulso de la máxima generosidad para alcanzar ese fin: "mi" perfección máxima es "la mayor gloria de Dios". Esa

máxima generosidad, ese *magis*, esa "mayor gloria de Dios", es el ideal que en el temperamento fogoso y caballeresco de Ignacio desata todas sus energías y las lanza sobre el mundo. Todo es poco para él, y por ello se le aplicará aquella frase: "Lleva en su pecho un corazón más grande que el mundo entero".

Pero el genio insaciable de Ignacio no es irracional, sino que procede de una visión completa, total del hombre. Y por ello, sin perder nada de su impulso, sabe canalizar todas sus fuerzas inteligentemente, ordenadamente, con discreción y sabiduría, porque en esta canalización y como limitación de sí mismo a un orden determinado va a conseguir mejor su fin, va a cumplir mejor sus impulsos de máxima generosidad, su "magis", su "mayor gloria de Dios".

Y por eso entra de lleno en los moldes de estrechez aparente de la obediencia y sumisión a la "Iglesia Jerárquica"; y por eso pone orden y "discreción de espíritus" en su santidad personal; y por eso pone orden y máxima perfección de la obediencia en la Compañía de Jesús. Así la autolimitación que San Ignacio se impone, y pide a todo cristiano y en perfecto grado al jesuita, no es sometimiento a la externa estrechez del orden y las reglas por falta de impulso, de iniciativa y de originalidad, sino que nace precisamente de la misma generosidad, conscientemente canalizada a "lo mejor"; no es un estrecharse por falta de personalidad, sino por un soberano ejercicio de la misma. Y en este sabio someterse del genio hay mayor grandeza que en el desbocado e irracional choque de fuerzas. Con razón un jesuita del siglo XVII pudo escribir de Ignacio aquella frase lapidaria y profunda: *Non coerceri a maximo, contineri tamen a minimo, di-*

vinum est (Imago primi saeculi Soc. Iesu, 1640). "No sentirse pequeño ante lo más grande, y al mismo tiempo saberse amoldar a lo más pequeño, es un don divino".

Por aquí nos explicaremos un aspecto paradójico de Ignacio: por una parte mantiene firmemente el espíritu de autoridad, casi se le puede confundir con un temperamento autoritario, incluso en cosas insignificantes; pero, por otra, deja a los superiores subordinados y a los simples súbditos un gran margen para la aplicación de las leyes en los casos concretos y variados, lo que demuestra su espíritu de comprensión y de progreso. Sólo el que está generosamente dispuesto a someterse con fidelidad aun a las pequeñas leyes con grandeza de ánimo, es capaz de saberse colocar ordenadamente sobre el cumplimiento material de una ley, cuando ésta ha perdido en ocasiones su fuerza. Entonces, ni por pequeñez de ánimo se somete a un orden preestablecido, ni por pequeñez de ánimo faitará al texto de la ley, sino sólo cuando ésta no deba aplicarse. He aquí una misma grandeza de alma, que tiene dos efectos paradójicos aparentemente, pero unificados por un mismo principio de dignidad subjetiva y por una misma finalidad suprema.

Y para terminar con estas observaciones sobre el "espíritu de progreso" de Ignacio, que se funda en los dos ejes "generosidad" y "discreción", nos explicaremos una vez más ahora por qué la obra gigantesca de Ignacio, que significó una gran parte de la "contrarreforma" (ahora diríamos "contrarrevolución") católica ante el protestantismo, no tuvo el carácter arrebatado, espectacular, desenfrenado y casi siempre negativo y destructivo de otros reformadores y revolu-

cionarios religiosos y políticos; un Savonarola o un Lutero, un Napoleón o un Marx, desataron grandes fuerzas latentes en la sociedad pero con un espíritu más reaccionario que positivo, ya que no canalizaron sus impulsos geniales hacia un orden serenamente determinado, y, con frecuencia, aparece en ellos una verdadera inconciencia e irresponsabilidad ante las consecuencias fatales del sacudimiento que provocan. Ignacio es un reformador de impulso genial, pero lejos de mirar sólo a un lado del campo de batalla se traza una visión general, ordenada y completa, y sabe moderar sus ímpetus en todo lo que es necesario, para encauzar todas sus energías hacia un fin constructivo y obtener así sus resultados con mayor eficacia: tal fué su método en la propia santificación y formación literaria, y en su gran empresa por la Iglesia. Y ésta es la característica que imprimió a su obra: grandes ideales, gran dinamismo apostólico, pero dentro de una organización disciplinada; todo lo cual presupone, como fundamento, una gran disposición subjetiva interior —la subjetividad y la autenticidad— para no proceder como autómatas, sino como apóstoles conscientes y libres del Reino de Cristo.

Si resumimos las características que hemos señalado en Ignacio de Loyola y queremos descubrir la razón última de su modernidad, las encontramos en que supo Ignacio llegar a un equilibrio de aquellos valores humanos y cristianos que son eternos para el hombre y que en todo tiempo deben ser respetados: por una parte la interioridad y la subjetividad; por otra parte la inserción en un cuerpo social; por una parte la libertad, y por otra la obediencia; por una parte el espíritu anti-burgués, el idealismo, la mística del *siempre más*, y por otra la discreción, la prudencia, la adaptabilidad y el progreso.